

# UNA

No creí que el día pudiese empeorar hasta que mi mejor amiga me dijo que podría estar volviéndose loca. Otra vez.

—Yo... ¿qué has dicho?

Me puse en pie en el vestíbulo de su edificio, inclinada sobre una de mis botas, ajustándomela. Levanté la cabeza de golpe y la miré a través de la maraña de pelo oscuro que me tapaba la mitad de la cara. Me había quedado dormida después de clase y había pasado de peinarme con tal de salir por la puerta a tiempo. Lissa me observaba entretenida, con esa melena rubia platino suya, perfecta y sin un pelo fuera de sitio, por supuesto, que le caía sobre los hombros como si fuese un velo nupcial.

—He dicho que me parece que las pastillas ya no me hacen el mismo efecto que antes.

Me erguí y me sacudí el pelo de la cara.

—¿Qué significa eso? —le pregunté. A nuestro alrededor, los moroi pasaban a toda prisa camino de ver a sus amigos o de cenar—. ¿Has empezado...? —bajé la voz—. ¿Has empezado a recobrar tus poderes?

Lo negó con la cabeza, y vi un leve brillo de lamento en sus ojos.

—No... Siento la magia más cerca, pero sigo sin poder usarla. La mayor parte de lo que noto últimamente es más de lo otro, ya sabes... de vez en cuando me siento más deprimida. Nada parecido a lo de antes —añadió enseguida al verme la cara. Antes de empezar con las pastillas, los bajones de Lissa podían ser tan profundos que se hacía cortes—. Es sólo que últimamente está ahí un poquito más.

—¿Y qué hay de las otras cosas que solías percibir? ¿Ansiedad? ¿Delirios?

Lissa se rió, no se tomaba nada de aquello tan en serio como yo.

—Suenas como si hubieses estado leyendo los libros de texto de psiquiatría.

A decir verdad, los *había* estado leyendo.

—Sólo me preocupo por ti. Si crees que las pastillas ya no te hacen efecto, tenemos que decírselo a alguien.

—No, no —se apresuró a decir—. Estoy bien, de verdad. Sí me funcionan... sólo que no tanto. No creo que deba cundir el pánico aún. Contigo, en especial; no hoy, al menos.

Su cambio de tema funcionó. Una hora antes me había enterado de que me iban a hacer pasar la Calificación ese mismo día. Era un examen —una entrevista, más bien— que todos los novicios guardianes tenían que superar en su tercer año en la Academia St. Vladimir. Dado que me había dedicado a ir por ahí escondiendo a Lissa durante el último año, yo me había perdido la mía. Hoy me llevarían a algún lugar fuera del campus, ante un guardián que me haría el examen. Gracias por la sorpresita, colegas.

—No te preocupes por mí —repitió Lissa sonriente—. Ya te lo contaré si empeora.

—Vale —dije de mala gana.

Sin embargo y sólo para quedarme tranquila, abrí los sentidos y me introduje para sentirla plenamente a través de nuestra conexión psíquica. Me había dicho la verdad. Aquella mañana se encontraba tranquila y feliz, no había nada de lo que preocuparse. Aunque muy en el fondo de su mente percibí un nudo de sentimientos oscuros, de inquietud. No es que la corroyese por dentro ni nada por el estilo, aunque pintaba igual que los brotes depresivos y de ira que ya había sufrido. Era sólo una brizna, pero no me gustaba, no quería aquello por allí ni en pintura. Intenté ahondar más en ella para percibir mejor las emociones y de pronto tuve una extraña sensación que me conmovió. De repente sentí una especie de mareo y salí de golpe de su cabeza. Un pequeño escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—¿Estás bien? —me preguntó Lissa con el ceño fruncido—. Parece como si tuvieras náuseas, así, de pronto.

—Sólo... nervios por el examen —mentí. Insegura, me adentré de nuevo a través de nuestro vínculo. La oscuridad había desaparecido por completo. Ni rastro. Puede que al final no pasara nada con las pastillas—. Estoy bien.

Me señaló un reloj.

—No vas a llegar si no te pones ya en movimiento.

—Mierda —maldije. Tenía razón. Le di un abrazo rápido—. ¡Hasta luego!

—¡Buena suerte! —gritó.

Crucé el campus a toda prisa y encontré a mi mentor, Dimitri Belikov, esperando junto a un Honda Pilot. Qué aburrido. Supuse que no podía haber esperado que atravesáramos las

carreteras de las sierras de Montana en un Porsche, pero habría estado bien ir en algo que molase más.

—Lo sé, lo sé —dije al verle la cara—. Perdona el retraso.

Me acordé entonces de que se me venía encima uno de los exámenes más importantes de mi vida y de pronto me olvidé de todo lo de Lissa y la posibilidad de que no le hicieran efecto las pastillas. Quería protegerla, pero aquello no iba a servir de mucho si no era capaz de graduarme en el instituto y me convertía de verdad en su guardiana.

Allí estaba Dimitri, con el aspecto tan esplendoroso de siempre. La enorme mole del edificio de ladrillo proyectaba unas sombras alargadas sobre nosotros, como una gran bestia que se abalanzase en la mortecina luz previa al amanecer. A nuestro alrededor, justo estaba empezando a nevar. Observé cómo los copos livianos, cristalinos, se balanceaban con suavidad en su descenso. Algunos aterrizaron en su pelo oscuro y enseguida se derritieron.

—¿Quién más viene? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Sólo vamos tú y yo.

Mi estado anímico se disparó de golpe y pasó de «animado» directamente a «extático». Dimitri y yo. Solos. En un coche. Bien merecía la pena pasar por un examen sorpresa por aquello.

—¿Cuánto tardamos? —en silencio, recé porque fuese un viaje realmente largo, digamos que como de una semana. Y que nos hiciese pasar la noche en hoteles de lujo. Podíamos quedarnos atrapados en la nieve y que sólo nuestro mutuo calor corporal fuera capaz de mantenernos vivos.

—Cinco horas.

—Ya.

Un poco menos de lo que me hubiera gustado. Aun así, cinco horas eran mejor que nada, y tampoco descartaba por completo la posibilidad de quedar atrapados en la nieve.

A los humanos les resultaría difícil transitar por esas carreteras estrechas y nevadas, pero no eran ningún problema para nuestra vista de dhampir. Miré al frente en un esfuerzo por no pensar en cómo la loción de afeitado de Dimitri inundaba el coche con un aroma limpio, intenso, que hacía que me quisiese derretir. Intenté concentrarme de nuevo en el examen de Calificación.

No era de esos exámenes para los que puedes estudiar. O lo superabas o no. Unos gerifaltes de los guardianes venían a ver a los novicios en su tercer año de instituto y se reunían con ellos de forma individual para conversar sobre el compromiso de cada estudiante con el hecho de ser un guardián. Yo no sabía con exactitud qué preguntaban, pero los rumores se habían extendido con el paso de los años. Los guardianes más mayores sopesaban la forma de ser y la dedicación: habían considerado a algunos novicios no aptos para seguir la senda de los guardianes.

—¿No suelen venir ellos a la academia? —pregunté a Dimitri—. Es decir, que yo me pego el viaje encantada, pero ¿por qué somos nosotros los que vamos a verlos a ellos?

—En realidad, vas a verle a *él*, no a *ellos* —un leve acento ruso teñía las palabras de Dimitri, la única pista de dónde había crecido. Por lo demás, yo tenía muy claro que él hablaba mi propio idioma mejor que yo—. Al ser éste un caso especial y ya

que él nos está haciendo un favor, somos nosotros los que nos desplazamos.

—¿Quién es?

—Arthur Schoenberg.

Desplacé de golpe la vista del camino a Dimitri.

—¿Qué? —chillé.

Arthur Schoenberg era una leyenda. Se trataba de uno de los más grandes asesinos de strigoi de la historia reciente de los guardianes y había sido presidente del Consejo de Guardianes, el grupo que se encargaba de asignar éstos a los moroi y tomaba todas las decisiones que nos concernían a nosotros. Con el paso del tiempo se retiró y volvió a dedicarse a proteger a una de las familias reales, los Badica. Aun retirado, yo sabía que seguía siendo letal. Sus hazañas formaban parte de mi programa de estudios.

—¿Es que... es que no había nadie más disponible? —le pregunté en voz baja.

Pude darme cuenta de que Dimitri estaba ocultando la sonrisa.

—Te irá bien. Además, si Art te da su aprobación, será una muy buena recomendación en tu currículum.

*Art.* Dimitri tenía la suficiente confianza con uno de los guardianes con más mala leche que había como para llamarle por el diminutivo. Por supuesto, el propio Dimitri tenía ya bastante mala leche, así que no sé de qué me sorprendía.

Se hizo un silencio en el coche y me mordí el labio al preguntarme de pronto si sería capaz de superar el listón de las expectativas de Arthur Schoenberg. Mis notas eran buenas, pero había otras cosas como las huidas y las peleas en clase que

podían arrojar algunas sombras sobre la seriedad con que yo afrontaba mi futura profesión.

—Te irá bien —repitió Dimitri—. En tu currículum, lo positivo supera lo negativo.

A veces era como si fuese capaz de leerme el pensamiento. Sonreí un poco y me atreví a echarle un vistazo de reojo. Fue un error. Un cuerpo largo, fibroso, evidente aun estando sentado. Ojos oscuros insondables. Pelo castaño que le llegaba a la altura de los hombros y que llevaba sujeto en la nuca. Aquel cabello era como la seda, lo sé porque lo había recorrido con los dedos cuando Victor Dashkov nos atrapó con su hechizo de lujuria. Haciendo gala de un gran autocontrol, me obligué a recobrar la respiración y desviar la mirada.

—Gracias, señor entrenador —bromeé, acurrucándome en el asiento.

—Para eso estamos —respondió. Sonaba animado, con una voz relajada, algo raro en él. Solía estar a la defensiva, listo para cualquier posible ataque. Es probable que se creyera a salvo dentro de un Honda, o al menos tan a salvo como podía estar conmigo cerca, a ver si iba a ser yo aquí la única a la que le costase pasar de la tensión romántica entre nosotros, ¿no?

—¿Sabes para qué podías estar de verdad? —le pregunté sin mirarle a los ojos.

—¿Mmm?

—Pues para quitar esa basura de música y poner algo que haya salido después de la caída del muro de Berlín.

Dimitri se rió.

—Tu peor asignatura es la historia, y nadie sabe cómo, pero eres una experta en la Europa del Este.

—¿Qué pasa? Que yo me curro mis coñas, camarada.

Con la sonrisa todavía puesta, cambió el dial de la radio.

A una emisora de country.

—¡Tío! Que no me refería a esto —exclamé.

Habría jurado que estaba a punto de volver a reírse.

—Elige. O la una o la otra.

Suspiré.

—Vuelve al rollo ochentero.

Cambió el dial y yo me crucé de brazos mientras un grupo que sonaba a europeo cantaba no sé qué del vídeo que mató a la estrella de la radio. Ojalá que alguien se hubiese cargado a ésta.

De pronto, cinco horas no me parecieron tan cortas como había pensado.

Arthur y la familia a la que protegía vivían en un pueblo por la I-90, no muy lejos de Billings. En lo referente a los sitios donde vivir, la opinión general de los moroi se encontraba dividida. Algunos argumentaban que lo mejor eran las grandes ciudades porque permitían a los vampiros perderse entre la multitud; las actividades nocturnas no llamaban mucho la atención. Otros moroi como esta familia, al parecer, optaban por lugares menos poblados al creer que, cuanta menos gente hubiese para fijarse en uno, menos probabilidades había de que alguien lo hiciera.

Había convencido a Dimitri para que parásemos a comer algo en un restaurante de carretera abierto toda la noche, y entre eso y la parada para echar gasolina, cuando llegamos eran

casi las doce de la mañana. La casa estaba construida al estilo de un rancho, de una sola planta, con paredes de madera pintada de gris y ventanas en saliente, tintadas para detener la luz del sol, por supuesto. Parecía nueva y cara, e incluso allí, en medio de la nada, se aproximaba a lo que yo me imaginaba para los miembros de una familia real.

Bajé del Pilot de un salto y clavé las botas en el par de centímetros de nieve intacta en el suelo hasta llegar a la gravilla del paseo de entrada. Era un día sin viento, silencioso, excepto por alguna brisa ocasional. Dimitri y yo subimos andando hasta la casa por un paseo de piedras que atravesaba el jardín delantero. Pude notar cómo se iba metiendo en su pose del curro, pero su actitud general era tan animosa como la mía. Los dos sentíamos una especie de satisfacción culpable por el agradable viaje en coche.

Se me fue el pie sobre el hielo que cubría el paseo y Dimitri alargó un brazo para sujetarme. Tuve un extraño momento de *déjà vu*, como si una visión me llevase de vuelta a la primera noche en que le vi, cuando me salvó de una caída similar. Con temperaturas gélidas o sin ellas, sentí su mano cálida al agarrarme el brazo, incluso a través de la capa de plumas de mi anorak.

—¿Estás bien? —me soltó, para mi desgracia.

—Claro —dije al tiempo que lanzaba miradas acusadoras al camino helado—. ¿Es que esta gente nunca ha oído hablar de la sal?

Lo decía en broma, pero Dimitri se detuvo de pronto y yo hice lo mismo al instante. Su expresión se tornó tensa y alerta, volvió la cabeza y sus ojos rastrearón las amplias llanuras blan-

cas que nos rodeaban antes de posarse de nuevo sobre la casa. Quería preguntarle, sin embargo algo en su postura me dijo que permaneciese en silencio. Estudió el edificio durante casi un minuto entero, bajó la mirada al paseo helado, volvió a mirar al camino por donde habíamos entrado, cubierto por una capa de nieve estropeada sólo por nuestras huellas.

Se acercó precavido a la puerta principal y yo le seguí. De nuevo se detuvo, esta vez para estudiar la puerta. No es que estuviese abierta, pero tampoco estaba completamente cerrada. Tenía el aspecto de que la hubieran cerrado con prisas, sin encajarla, y había marcas de rozaduras a lo largo del borde de la puerta, como si la hubiesen forzado en algún sitio. El más leve toque la abriría. El aliento de Dimitri formaba pequeñas nubes de vaho mientras él recorría con los dedos la zona donde la hoja tocaba con el marco. Al rozar el pomo, éste se movió con un poco de holgura, como si lo hubieran roto.

Por fin, me dijo en voz baja:

—Rose, ve y espera en el coche.

—Pero qu...

—Ve.

Una sola palabra, aunque cargada de autoridad. Ese simple monosílabo sirvió para recordarme el hombre al que yo había visto tumbar a quien se le acercase y atravesar con una estaca a un strigoi. Retrocedí pisando en el césped cubierto de nieve en lugar de arriesgarme con el paseo. Dimitri permaneció clavado donde estaba, sin moverse hasta que yo me metí en el coche y cerré la puerta con tanto cuidado como pude. A continuación, con el movimiento más suave, empujó la puerta apenas sujeta y desapareció en el interior.

Yo, que ardía de curiosidad, conté hasta diez y volví a salir del coche.

Tenía muy claro que no iba a ir detrás de él, pero tenía que enterarme de lo que pasaba en aquella casa. Lo descuidado del paseo y el camino de la entrada indicaba que allí no había habido nadie en un par de días, aunque también podía ser que los Badica simplemente no saliesen nunca de casa. Era posible, supuse, que hubieran sido víctimas de un robo común y corriente por parte de humanos, pero también podía ser que algo los hubiese asustado, como unos strigoi, digamos. Yo sabía que era esa posibilidad lo que había provocado que a Dimitri se le pusiese la cara tan seria, aunque parecía una situación poco probable con Arthur Schoenberg de servicio.

De pie en el camino de entrada, elevé la vista al cielo. La luz era gris y neblinosa, pero estaba ahí. Mediodía. El punto más alto del sol en aquel día, y los strigoi no podían exponerse a aquella luz. No tenía ninguna necesidad de temerlos a ellos, sólo al enfado de Dimitri.

Empecé a rodear el edificio por la derecha, caminando entonces por una nieve mucho más profunda, casi treinta centímetros. En la casa no había ninguna otra cosa que me llamase la atención: carámbanos de hielo colgando de los aleros y ventanas tintadas que no dejaban ningún secreto a la vista. De pronto mi pie tropezó con algo y bajé la mirada. Allí, medio enterrada en la nieve, había una estaca de plata clavada en la tierra. La cogí y le quité la nieve con el gesto torcido: ¿qué hacía allí una estaca? Eran valiosas, el arma más letal de un guardián, capaces de matar a un strigoi de un solo viaje en el corazón. En el momento de su forja, cuatro moroi las hechizaban

con la magia de cada uno de los cuatro elementos. Yo no había aprendido aún a usarlas, pero al tener una bien sujeta en la mano, me sentí de repente más segura y continué mi reconocimiento.

En la parte de atrás de la casa había una gran puerta acristalada y, delante, una terraza de madera en la que se debía de estar de lujo en verano. Sin embargo, alguien había roto los cristales de la puerta de forma que cabía una persona sin dificultad por el agujero lleno de picos. Ascendí con sigilo por las escaleras de la terraza, cuidándome del hielo, consciente de que iba a encontrarme metida en un lío de categoría cuando Dimitri se enterase de lo que estaba haciendo. A pesar del frío, los goterones de sudor me caían por el cuello.

«Es de día, es de día», me recordaba yo. Nada de lo que preocuparse.

Llegué al patio y estudié el cristal oscuro. No podía decir con seguridad qué lo había roto. Dentro, allí mismo, el viento había hecho que la nieve se colase y formara una pequeña alfombra de color azul pálido. Tiré del pomo de la puerta, pero estaba cerrada; nada que fuese especialmente grave con aquel agujero tan grande. Con cuidado por los bordes afilados, metí la mano por la abertura y liberé el pestillo desde el interior. Retiré la mano con el mismo cuidado y tiré de la puerta corredera para abrirla; ésta hizo un leve siseo sobre sus rieles, un sonido apenas perceptible que, no obstante, me pareció demasiado ruidoso en aquel silencio tan siniestro.

Crucé la entrada y me mantuve en la senda que la luz del sol proyectaba dentro a través de la puerta abierta. Mis ojos se acostumbraron a la penumbra del interior. El viento entraba

por la puerta y hacía bailar las cortinas a mi alrededor. Me encontraba en un salón que tenía todo lo que cabe esperar en un sitio así: sofás, una tele, una mecedora.

Y un cuerpo.

Era una mujer. Estaba tumbada en el suelo, boca arriba enfrente de la tele, con el pelo oscuro desordenado y disperso a su alrededor. Tenía los ojos abiertos, la mirada perdida hacia el techo y la cara muy pálida, demasiado pálida incluso para un moroi. Por un momento creí que el pelo también le cubriría el cuello, hasta que me di cuenta de que el color oscuro sobre su piel era sangre: sangre seca. Le habían desgarrado la garganta.

Aquella escena terrible resultaba tan surrealista que al principio ni siquiera fui consciente de lo que estaba viendo. En esa postura, la mujer bien podría estar dormida. Entonces me percaté del otro cuerpo, un hombre, junto a ella, a poco más de medio metro y con una mancha de sangre a su alrededor, sobre la alfombra. Había otro cuerpo tirado junto al sofá, de la estatura de un niño; y otro más al otro lado de la habitación. Y otro. Había cadáveres por todas partes, cadáveres y sangre.

De pronto se reveló la verdadera proporción de la muerte que me rodeaba y el corazón me empezó a latir con fuerza. No, no; aquello no era posible, era de día. De día no podía pasar nada malo. En mi garganta comenzaba a formarse un grito cuando, de repente, una mano enguantada surgió detrás de mí y me tapó la boca. Intenté revolverme y entonces oí la loción de Dimitri.

—¿Por qué nunca haces caso? —me preguntó—. Si *ellos* estuvieran aún por aquí, ya estarías muerta.

No pude responder, tanto por la mano que me tapaba la boca como por mi propia impresión. Ya había visto morir a alguien, una vez, pero nunca había visto un escenario de muerte de esa magnitud. Después de casi un minuto, Dimitri retiró por fin la mano, aunque permaneció a mi espalda. Yo no quería seguir mirando, pero parecía incapaz de apartar los ojos de la escena que tenía ante mí. Cadáveres por todas partes, cadáveres y sangre.

Finalmente, me giré hacia él.

—Es de día —susurré—. De día nunca pasa nada malo —oí la desesperación de mi voz, una cría suplicando que alguien le dijese que todo aquello había sido una pesadilla.

—En cualquier momento puede pasar algo malo —me dijo—, y esto no ocurrió de día. Es probable que pasase hace un par de noches.

Me atreví a volver a echar un vistazo a los cuerpos y sentí que se me revolvía el estómago. Dos días. Que pasen dos días desde tu muerte, desde que acabaron con tu existencia, sin que nadie en este mundo se haya dado cuenta siquiera de que te has ido. Mi mirada se detuvo en el cuerpo de un hombre; se hallaba cerca de la puerta de la habitación que daba a un pasillo. Era alto, demasiado musculado para ser un moroi. Dimitri debió de advertir dónde miraba.

—Arthur Schoenberg —dijo.

Me quedé mirando fijamente la garganta ensangrentada de Arthur.

—Está muerto —dije, como si aquello no fuese de lo más obvio—. ¿Cómo es posible que esté muerto? ¿Cómo puede un strigoi matar a Arthur Schoenberg? —no parecía una opción. No se podía matar a una leyenda.

Dimitri no respondió, sin embargo, su mano descendió y se cerró en torno a la mía, la que se aferraba a la estaca. Me estremecí.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó. Aflojé la mano y le dejé coger la estaca.

—De ahí fuera, estaba clavada en el suelo.

La sostuvo en alto y examinó su superficie, que brillaba a la luz del sol.

—Esto rompió la defensa.

Mi cabeza, aún aturdida, se tomó un instante para procesar lo que acababa de decir. Entonces caí. Las defensas eran anillos mágicos que proyectaban los moroi. Igual que las estacas, se generaban por medio de la magia de los cuatro elementos, y requerían moroi con un gran dominio de la magia, a menudo dos por cada elemento. Las defensas podían detener a los strigoi porque la magia estaba cargada de vida, justo lo que no tenían ellos, pero las defensas se debilitaban con rapidez y requerían mucha atención. La mayoría de los moroi no las usaban aunque ciertos lugares las mantenían. La Academia St. Vladimir estaba rodeada por varias de ellas.

Allí había habido una defensa, pero se había hecho añicos cuando alguien la atravesó con una estaca. Ambas magias entraron en conflicto; venció la estaca.

—Los strigoi no pueden tocar las estacas —le dije. Me di cuenta de la cantidad de afirmaciones que estaba haciendo con *nunca* y *no poder*. No resultaba fácil ver cómo quedaban en entredicho las creencias fundamentales de una—. Y ningún moroi o dhampir lo haría.

—Un humano podría.

Le miré a los ojos.

—Los humanos nunca ayudarían a los strigoi —me detuve. Ahí estaba otra vez, *nunca*, pero no podía evitarlo. Lo único con lo que podíamos contar en nuestra lucha contra los strigoi eran sus limitaciones: el sol, las defensas, la magia de las estacas, etcétera. Utilizábamos sus debilidades contra ellos, y si ellos contaban con otros, con humanos, que los ayudasen y no estuviesen sujetos a esas limitaciones...

El gesto del rostro de Dimitri era serio, si bien preparado para cualquier cosa, pero con una levísima chispa de compasión en sus ojos oscuros mientras me observaba librar mi batalla mental.

—Esto lo cambia todo, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí —replicó—, así es.